

de haber producido el ideal de la legislación doria; la justicia se había personificado en sus reyes hasta tal punto, que los dioses los elegían para jueces en los infiernos; sin embargo, los Cretenses eran de todas las tribus griegas la más pérfida (1); en la guerra se servían continuamente de celadas y engaños (2). *Cretizar* (3) con los de Creta era servirse de picardías con los pícaros (4). Los Griegos decían: á un *Egineta un Cretense*; como si dijéramos: á un pícaro otro mayor. *Portarse como si fuese de Paros* (5), significaba violar los tratados. Si los proverbios son la sabiduría de las naciones, ¿qué opinión debemos formar de la Grecia? Para ser justos, debemos recordar que apenas se practicaba la buena fe respecto de los enérganos en toda la antigüedad. La fe púnica llegó á ser también proverbial. Según el testimonio mismo de un escritor griego (6), solamente los Romanos respetaban algo más los juramentos. Alejandro, Cartago y Roma ambicionaron la monarquía universal; la Providencia eligió al pueblo que profesaba la religión del juramento como el más digno de la alta misión de conquistar el mundo y de unir á los hombres.

(1) Κρήτες ἀει ψεύδοι (CALLIMACH., *Hym. in Jov.* v. 8).

(2) PLUTARCH., *Philop.*, 13; *Lysand.*, 20; *P. Aemil.*, 23.

(3) Nos vemos precisados á formar esta palabra nueva de la misma manera que Laurent ha empleado la palabra *crétiser* (N. del T.).

(4) POLYB., VIII, 21, 5.

(5) Ἀναπαρύσειν. *Ephor. fragm.*, núm. 107.

(6) POLYB., VI, 56, 13 y sig.

## CAPITULO III.

### RELACIONES INTERNACIONALES.

#### § 1.—Relaciones de los Griegos entre sí.

Teofrasto dice en el prefacio de sus *Caractéres*: «Muchas veces he admirado, y nunca dejaré de admirar, cómo, hallándose toda la Grecia bajo el mismo cielo, y siendo idénticos el alimento y la educación de los Griegos, se encuentra, sin embargo, tan poca semejanza entre ellos.» La explicación de este problema, que parecía insoluble al discípulo de Aristóteles, es fácil para el historiador moderno. En el limitado territorio de la Grecia, ocupado por una sola raza, el movimiento de las personas era ménos considerable que el que hoy tiene lugar entre los grandes continentes: ¿cómo habían de formarse costumbres generales? La expatriación estaba prohibida en Esparta y en otras repúblicas (1). El ciudadano, encadenado al suelo en que había nacido, era completamente absorbido por su patria, abrigaba respecto de los demás griegos sentimientos hostiles, porque solamente los conocía por el mal que de ellos recibía, ya durante la guerra, ya durante la dominación que los más fuertes ejercían sobre los más débiles. La sola coexistencia, en un territorio reducido, de un gran número de pequeñas repúblicas era un manantial fecundo de malas pasiones. Sus relaciones se asemejaban á las de los habitantes de los pueblos pequeños; el orgullo, la vanidad, la envidia, producían disensio-

(1) Por ejemplo, en Argos (OVID., *Metam.*, XV, 29).

nes, odios mortales. La expresion más inocente de estas antipatías era la que se manifestaba en el teatro de Aténas. Los Ingleses en París y los Franceses en Lóndres tienen el privilegio de divertir al público mediante la caricatura de las nacionalidades rivales. Lo mismo sucedia en Aténas con los Beocios, cuya torpeza de imaginacion y glotonería eran proverbiales. Los poetas cómicos, órganos de las preocupaciones nacionales, se complacian en presentar el contraste de los ciudadanos de Aténas, que por naturaleza eran oradores y políticos, y los habitantes de la Beocia, inclinados naturalmente al trabajo y á los ejercicios del cuerpo, y cuyo único goce consistia en comer: pasan los dias y las noches, se decia, en estos groseros placeres; su felicidad suprema consiste en tener llena la barriga; todo su sér se concentra en su estómago (1). El gran poeta tebano protestó contra la ignominia de que se cubria á los *puercos beocios* (2). Él mismo dió el más alto ejemplo de imparcialidad, calificando á la ciudad de Aténas, que cubria de ridículo á su patria, «de ornamento y defensa de la Grecia.» Pero los Tebanos no participaba de los elevados sentimientos de Píndaro: le condenaron á una multa por haber elogiado á los Atenieses. Aténas reconocida dió al poeta una cantidad doble, le erigió una estatua de bronce y le declaró huésped de la república (3).

Habia entre las poblaciones griegas una causa de oposicion más grave, la cual se manifestaba en las relaciones políticas lo mismo que en las relaciones privadas. La rivalidad de los Dorios y de los Jonios dividió á la Grecia entera en dos campos. Esparta veia en la democracia ateniense un enemigo de sus principios no ménos que de su dominacion. La gloria que los Atenieses adquirieron en las guerras médicas inspiró temores á los Espartanos; se valieron de la astucia y de la violencia para oponerse á la grandeza de sus rivales. Despues de la derrota de los Bárbaros, los Atenieses quisieron reconstruir sus fortificaciones, y los Espartanos les enviaron comisionados para hacerles desistir de semejante designio; como pretexto, y para encubrir su desconfianza,

(1) EUBUL., *ap. Athen.*, x, 11.

(2) PINDAR., *Olymp.*, vi, 147 y sig.

(3) AESCHIN., *Epist.* iv.—ISOCRAT., *de permutat.*, § 166.

alegaron que los Bárbaros, en el caso de una segunda invasion, se servirian de las plazas fuertes contra los Griegos. Dirigia entónces la política de Aténas un hombre que superaba á los Espartanos, tanto por la sagacidad cuanto por la audacia. Conocida es la embajada y la astucia de Temístocles (1). Avergonzados de haber caido en el lazo, los Lacedemonios pusieron fin á aquella comedia política declarando que no habia sido su intencion intimar una órden á los Atenieses, sino darles un consejo en interes comun de toda la Grecia (2).

Los Atenieses se mostraron más generosos en sus relaciones con los Lacedemonios. Habiendo destruido á Esparta un temblor de tierra, los Ilotas se sublevaron, apoyados por los de Mesenia. Los Espartanos iban á sucumbir bajo el peso de tantas desgracias y pidieron socorro á Aténas. Hubo atenienses que dijeron que se debia dejar á Esparta sepultada en sus ruinas. Pero Cimón decidió al pueblo á prestar el socorro que se le pedia: «No consintamos, dijo, que la Grecia se quede coja» (3). No siempre fué la ciudad de Minerva tan magnánima con sus enemigos; tambien ella alimentaba odios profundos que la indujeron á los actos más violentos. Una larga rivalidad separó á Aténas y á Megara. Las dos repúblicas se disputaban encarnizadamente la posesion de Salamina. Esta lucha produjo una animosidad implacable; los de Megara, por excepcion única entre los Griegos, se vieron privados de la facultad de entrar en los puertos atenienses. Durante las con-

(1) Temístocles se hizo enviar como embajador á Esparta; despues de su partida, ciudadanos, mujeres, niños, tomaron parte en los trabajos. Llegado á Lacedemonia, no se apresuró á presentarse en la asamblea; esperaba, segun decia, á sus colegas, y éstos no debian partir sino cuando la muralla fuese bastante alta para servir de defensa. Sin embargo, anunciábase por todas partes á los Espartanos que las murallas de Aténas se elevaban como por encanto. Temístocles protestó, rogando á los Lacedemonios que no diesen crédito á aquellos vanos rumores, invitándoles á enviar comisionados, hombres probos, que dieran cuenta de lo que viesen. Los Espartanos cayeron en el lazo; sus embajadores fueron detenidos en rehenes. Entónces Temístocles declaró francamente que Aténas estaba murada y pronta á defenderse contra los que tratasen de imponerle sus órdenes (THUCYD., I. 90-92.—DIODOR., XI, 39-43).

(2) Segun DIODORO (XI, 39), los Espartanos no se limitaron á consejos, sino que ordenaron á los obreros que cesasen inmediatamente en sus trabajos.

(3) PLUTARCH., *Cimon*, 16.

testaciones que precedieron á la guerra del Peloponeso ocurrió la muerte de un enviado de Aténas; los Atenenses atribuyeron su muerte á los de Megara, por más que éstos protestaron enérgicamente contra semejante inculpacion. El decreto expedido para vengar aquella violacion del derecho de gentes es una muestra de las pasiones furiosas que agitaban á las ciudades griegas. Se decretó «que en lo sucesivo el odio entre Aténas y Megara sería irreconciliable y sin tregua; que todo ciudadano de Megara que pusiera el pié en el suelo de la Atica sería condenado á muerte; que los generales, al prestar el juramento exigido por las leyes, jurarian hacer durante el año de su mando dos invasiones en la Megarida» (1).

Herodoto refiere extensamente el origen de la animosidad que existía entre los Eginetas y los Atenenses (2); la tradicion popular manifiesta más bien el hecho que la causa de la hostilidad. Antes de la invasion médica Egina tenía una marina más poderosa que la de Aténas; la envidia, ocasionada por la proximidad, fué sostenida por continuas guerras. Los Eginetas no ofrecían en sus templos cosa alguna procedente del Atica. Todo Ateniese que llegaba á Egina era condenado á muerte; estuvieron á punto de aplicar esta ley á Platon; y, si lo perdonaron, fué respetando su ciencia (3). Así los Griegos desconocían en sus relaciones los lazos de la sangre que los unían; cuando sus pasiones estaban excitadas, se trataban con una barbárie que no emplearon con los Bárbaros. Esto era resultado inevitable de la division de la Grecia en una multitud de pequeñas ciudades rivales.

## § II.—Relaciones de los Griegos con el extranjero.

Los Griegos eran deudores al Oriente de los primeros gérmenes de su civilizacion. Aun prescindiendo de las colonias que, segun

(1) PLUTARCH., *Pericl.*, 30.—THUCYD., I, 67, 139.

(2) HEROD., V, 88.

(3) DIOG. LAERT., III, 20.

la tradicion, vinieron del Egipto y del Asia, es seguro que en los tiempos primitivos hubo relaciones entre los Griegos y los Fenicios; Homero nos pinta aquellos atrevidos navegantes llevando sus mercancías á la Grecia, y practicando á un mismo tiempo el comercio y la piratería (1). En los tiempos históricos no ha habido lazos entre ambos pueblos. Nada prueba mejor cuán exclusivo era el espíritu de los antiguos, y cuán inclinado á desarrollarse en una esfera aparte. Ya hemos dicho en otra parte que los piratas griegos fueron los agentes de las primeras comunicaciones comerciales entre la Grecia y el Egipto: las colonias del Asia Menor, que se hallaban más adelantadas que la madre patria, sacaron partido de estas relaciones y se establecieron de una manera permanente en el valle del Nilo, que por tanto tiempo habia sido inaccesible á los extranjeros. Las relaciones particulares entre los Faraones y los tiranos de la Grecia fueron favorables al comercio internacional; tal fué la hospitalidad que mediaba entre Amasis y Polícrates de Sámos, aquel hombre demasiado feliz á cuya amistad renunció el rey de Egipto, temiendo tener que participar de las desgracias que le parecían inevitables despues de tantas prosperidades (2). El misterioso Egipto gozaba de una gran reputacion de sabiduría entre los Griegos. Los de Elide consultaron á sus sacerdotes respecto de la celebracion de los juegos olímpicos; los filósofos y los legisladores de la Grecia fueron á iniciarse en los santuarios egipcios en la ciencia sacerdotal; pero no hubo relaciones políticas entre ambos países hasta despues de la invasion de los Persas. Los Griegos estaban destinados á entrar en relacion con los conquistadores del Asia, para extender hasta el lejano Oriente la civilizacion, gloria de la raza helénica.

Las primeras relaciones de la Grecia continental con los Bárbaros datan de la época de los tiranos. Aquellos usurpadores rompieron el aislamiento en que vivían las poblaciones griegas: la solidaridad de intereses los unió con los tiranos de Mileto y de Sámos, y por su intermedio se establecieron comunicaciones con los Lidios y los Medos. Periandro de Corinto tenía relaciones de

(1) Véase el tomo I de mis *Estudios*.

(2) HEROD., III, 39-43.

amistad con el Lidio Halyattes. Los Pisistrátidas buscaron apoyo en el gran Rey (1). Antes de las guerras de los Persas, no existía todavía la oposición profunda que más adelante separó á los Griegos de los Bárbaros. El primer pueblo del Asia con que chocaron las colonias griegas tenía muchas relaciones con la raza helénica. Creso se convirtió de conquistador en amigo de los Helenos. Era la época de la primera manifestación del genio filosófico de la Grecia: Creso llamó á su corte á aquellos á quienes la historia ha honrado con el nombre de sabios. Después de haber sojuzgado el Asia Menor, el rey de Lidia pensó en proseguir sus conquistas y en atacar las islas. Uno de los siete sabios le disuadió de este proyecto (2). No fué Bias el único filósofo que dió lecciones de moderación al rey asiático; Solon le enseñó que la felicidad no consiste en el poder ni en las riquezas, pero Creso no apreció el valor de este consejo sino cuando estuvo en la pira á punto de perecer. El fué quien dió á conocer al rey de los Persas el nombre del pueblo griego, ilustre ya en Oriente por sus sabios y sus legisladores. Habían llegado también á Grecia rumores de la nueva invasión de los Bárbaros, y se había despertado un vago temor acerca de la suerte de sus colonias y de la Grecia misma. El rey de Lidia consultó á los oráculos acerca del peligro que le amenazaba. Le fué aconsejado contraer alianza con los Estados helénicos más poderosos. Creso indagó con cuidado cuáles eran estos pueblos. Los Lacedemonios y los Atenenses figuraban en primera línea; pero Atenas estaba debilitada por las disensiones interiores que precedieron al nacimiento de su libertad. Esparta, por el contrario, habiendo salido victoriosa de la lucha que había sostenido con sus rivales, era la potencia que dominaba en el Peloponeso. Creso envió á Esparta embajadores con presentes, á fin de pedir su alianza á los Lacedemonios. Los embajadores hablaron en estos términos: «Creso, rey de la Lidia y de otras varias naciones, nos ha enviado aquí y os dice: Lacedemonios, habiéndome recomendado el dios de Delfos que contraiga alianza con los Griegos, me dirijo á vosotros, conforme á las prescripciones del oráculo, por-

(1) MÜLLER, *Die Dorer*, t. I, p. 168.

(2) Según unos, Bias; según otros, Pitaco (HEROD., I, 27).

que he averiguado que sois el primer pueblo de la Grecia, y deseo ser vuestro amigo y aliado sin fraude ni engaño.» Los Espartanos, envanecidos con la preferencia que les daban los Lidios sobre todos los Griegos, celebraron con ellos un tratado de amistad. Después de las primeras victorias de los Persas, Creso pidió á sus aliados por medio de heraldos que fuesen á Sardes en el plazo de cinco meses. Pero los Persas inundaban el Asia con la rapidez de un torrente; bien pronto se encontró Creso sitiado en su capital. Envió nuevos emisarios á Esparta reclamando socorro con toda urgencia. Las tropas estaban ya dispuestas y equipados los buques, cuando llegó otro correo con la noticia de la toma de Sardes y de la cautividad de Creso (1).

Sobrecogidos de terror, los Griegos de Asia enviaron embajadores á Ciro rogándole que los admitiera en el número de sus súbditos, bajo las mismas condiciones con que lo habían sido de Creso. El conquistador, que había pretendido inútilmente que los Griegos abandonasen la causa de los Lidios, no aceptó su sumisión después de la victoria. Los Jonios, á su vez, pidieron auxilio á Esparta. Los Lacedemonios no quisieron comprometerse en una guerra lejana; sin embargo, gestionaron cerca de Ciro en favor de sus compatriotas. Pero no tenían la menor idea del poder del Gran Rey. Acostumbrados á que los pequeños tiranos del Peloponeso obedeciesen sus órdenes, creyeron que sus palabras ejercerían la misma autoridad sobre el bárbaro conquistador. Los comisionados espartanos dijeron á Ciro «que no infriese ofensa á ninguna ciudad helénica, porque Esparta no lo consentiría.» Ciro preguntó á los Jonios que se hallaban presentes, cuáles eran las fuerzas de Lacedemonia que se atrevía á dictarle semejantes órdenes. Oída su respuesta, se dirigió al heraldo espartano y le dijo: «No he temido nunca á esa clase de gentes que tienen en medio de sus ciudades una plaza, en la cual se reúnen para engañarse mutuamente con recíprocos juramentos. Si los dioses me conservan, tendrán que ocuparse más en sus desgracias propias que en las de los Jonios» (2). Los Griegos de Asia, siempre divididos entre sí, fueron

(1) HEROD., I, 53, 56, 59, 65, 68, 69, 77, 81, 83.

(2) HEROD., I, 141, 153.

vencidos fácilmente. Hicieron luego una heroica tentativa para sacudir el yugo. Los colonos contaban con el auxilio de la madre patria. Uno de los jefes de la insurrección, Aristágoras, se presentó á Cleomenes, rey de Esparta. Trató de excitar su ambición, diciéndole que los pueblos de Oriente eran muy ricos; le indicó en una carta geográfica que llevaba en la mano la ciudad de Susa, residencia del Gran Rey, y exclamó: «Si os apoderais de esta ciudad, podréis sin temor competir en riquezas con el mismo Júpiter.» Cleomenes preguntó á Aristágoras cuántas jornadas habia desde el mar Jónico hasta la residencia del Rey. El tirano respondió que habia tres meses de camino. «Amigo mio, le dijo el Rey: una marcha de tres meses al otro lado del mar no parece bien á los Lacedemonios. Salid de Esparta ántes de la puesta del sol» (1). Aristágoras encontró en los Atenienses mejor acogida. Herodoto deplora su intervencion en la insurrección jónica, porque fué la causa de las guerras médicas (2). Fué más bien la ocasion; la lucha entre los Persas y los Griegos era inevitable. Léjos de condenar la conducta de los Atenienses, la admiramos; los hombres son solidarios, la causa de la libertad es la de todos los pueblos libres. ¿Qué importa que la ciudad de Minerva sea saqueada por los Bárbaros, que sus habitantes anden errantes y sin patria? Atenas renacerá de sus cenizas cubierta de gloria; alcanzará la direccion de los intereses de la Grecia, dominará en la filosofía y en las artes lo mismo que en las armas, y su nombre brillará entre los más grandes con que se honra la humanidad.

(1) HEROD., V, 49 y sig.

(2) Al sentimiento del historiador griego opondremos el juicio de la posteridad. Si Aristágoras halló mejor acogida en Atenas que en Esparta, dice NIEBUHR (*Vorträge über alte Geschichte*, t. I, p. 379), no es porque fuese más fácil engañar á 30.000 Atenienses que á algunos Espartanos, ni tampoco porque haya más sabiduría en las aristocracias que en las democracias; sino porque en una asamblea popular encuentra más eco una excitacion á los nobles sentimientos que en una oligarquía.

## CAPITULO IV.

### LA ESCLAVITUD (1).

«Ved esa Grecia tan culta; no se hablaba en ella más que de independencia, y sus campiñas estaban cubiertas de esclavos, y encadenaban naciones enteras á los piés de la estatua de la libertad.» Hay una triste verdad en estas palabras de Lamennais (2). Asusta pensar cuántos hombres habrán gemido en la servidumbre para que algunos millares de ciudadanos pudiesen vivir libres y desarrollar aquella brillante civilizacion que tanto atractivo tiene para nosotros. Si álguien prefiriese los Griegos á los pueblos modernos, se le puede responder victoriosamente presentándole la cifra de los esclavos. En Esparta habia 36.000 ciudadanos, 244.000 ilotas y 120.000 periecos, cuya condicion apenas diferia de la de los esclavos. El censo de Atenas llevado á cabo bajo el arcontado de Demetrio Falereo dió por resultado 21.000 ciudadanos, 10.000 metecos y 40.000 esclavos. Si los documentos conservados por Ateneo son exactos, el número de esclavos era aún más considerable en otras repúblicas: segun él, habia 460.000 esclavos en Corinto y 470.000 en Egina (3). Un sabio académico pregunta cómo podian vivir tantos seres humanos en el terreno montañoso y estéril de una isla que no tiene más de cuatro leguas cuadradas

(1) BROUWER, *Historia de la civilizacion moral y religiosa de los Griegos*, t. I, p. 248-271.

(2) *Ensayo sobre la indiferencia*, c. X.

(3) ATHEN., *Deipnos.*, VI, 103.